

Emilio Rodríguez Mendoza

Carta al autor de «El Hombre del Futuro»

Señor doctor don Alejandro Reyes.

Mi querido amigo:

Su libro—, la parte más sustantiva del cual está integrado por síntesis de arduos temas sociológicos y críticos—, me llegó en plena pataleta a los ojos, que, hartos de tanto servirme, por poco revientan, acaso por haber abusado de ellos, como de todo aquello a la orden de la dilatada e insaciable curiosidad humana.

Mal momento para la jugarreta ocular porque a estas alturas... del calendario, el mejor refugio es leer y la única entretenimiento, correr la pluma.

Con pataleta y todo y aunque tuviera que leer con un ojo, cerrando el otro, me tentó el título carreliano de su libro: «*El Hombre del Futuro...*». Se diría que Ud. y otros, reclaman un nuevo tipo humano, máxime después de todo lo que ha pasado y sigue pasando en el planetoide, que ha resultado chiquito, incorregible, mal habitado y peligroso...

El tipo digamos actual ¿ha alcanzado algo estable, en materia social, capaz de supervivir más allá de su ciclo?... ¡Y esto!

Por mi parte—, muy insignificante por cierto—, sólo veo

con caracteres de permanencia—, mientras no lo destruyan, por lo menos—, algo, una fracción mínima de lo escrito, esculpido, pintado, trazado en pentagrama o estilizado en líneas arquitectónicas, y en cuya creación parece que hubiera metido la mano el Destino.

En cambio, el actual «rey de la creación», hecho un basilisco, es bien probable que no deje sino uracos atómicos, como que se ha especializado en materia de descubrimientos incontrolados, es decir, que no han tomado para nada en cuenta las aplicaciones que iban a tener dichos descubrimientos...

¡Perdón!... Me adelanto, libro adentro, siendo que lo que deseo establecer de paso es que, junto con leer el título de su libro, éste coge de cola y tirante al lector, empujándolo en las páginas, densas de sentido y, frecuentemente, llenas de belleza expresiva. Se trata, pues, de un libro interesantísimo como forma y como fondo, requisitos insustituibles y plenamente logrados en su obra. Y no es raro, sino lógico: dueño de la preparación científica más en contacto con la vida misma y sus dramas materiales y sociales, Ud. aborda una serie de problemas que, en realidad, han sido de todos los tiempos, como si el hombre fuera inhábil para resolverlos o superarlos en el sentido de la justicia distributiva, el bienestar y la colaboración mutua... Trascurren los siglos y los milenios y nada de soluciones de conjunto y armoniosas sino de nuevos conflictos, cada vez más complejos y enormes porque, a pesar de todo, el susodicho prolífico soberano de la creación, continúa cumpliendo activamente, a despecho de Malthus, aquello de «creced y multiplicaos».

Hace la friolera de dos mil años, brilló en el intenso cielo oriental la estrella de Navidad, que guió en su ruta turística a los pintorescos reyes magos y que anunciaba la aparición de una doctrina espiritual, saturada de nobilísimos postulados sociales... Se cumplió antes de mucho aquello de que los redentores suelen terminar crucificados y a poco deambular por Jerusalén y Ga-

lilea, el renovador dulcísimo apareció ensartado en la Cruz, enterrada de punta en el monte de los ajusticiados.

Nada más excelso como drama ni como doctrina.

He ahí uno de los problemazos a que Ud. se acerca con anteojos de sociólogo y, como Carrel, con el mandil blanco de las disecciones anatómicas.

Pues bien, después de dos mil años, el Crucificado continúa en la Cruz con la cabeza coronada de espinas de algarrobo y cada vez más abatida sobre el pecho traspasado... Y al fondo del horizonte tenebroso—, vivero de rayos y centellas, «el hombre del futuro», es decir el inescarmentable «rey de la creación», manipulando infatigablemente nuevas tempestades, o sea, que después de dos milenios de hecatombes sin fin, sólo van librando, como digo más arribita, las pocas obras capaces de pasar, más o menos incólumes, de una era o de un ciclo a otro...

Ahora bien, ¿será mejor el hombre del futuro? Lo dudo un poco... Menos mal que no lo veremos, aun cuando en estos mismos momentos se divisan al alcance de los ojos, ya que no de las manos, unos nubarrones que ni los del Calvario y los centuriones jugando a los dados la túnica de Cristo...

En efecto, entre el Asia y la Europa occidental ha aparecido una doctrina, no ya de caridad y perdón de nuestras culpas y las ajenas—, summum de la caridad—, sino de coacción y violencia arrasadora de todo lo existente a fin de empezar un nuevo ensayito mundial... Una doctrina no sólo antagónica de la tradición cristiana y que abre un abismo a la evolución, sino fuera de la historia y de las peculiaridades sociales, económicas y aun geográficas de cada pueblo. ¡Como si fuera posible abrogar bruscamente todo esto, entrando a cachazos de Checa en normas comunes al planeta entero!... ¡Nunca fué más utopía la utopía!...

«A pesar de las religiones y de los sistemas filosóficos—», dice Ud., «lanzándose de cara al problema, insoluble hasta ahora,—la arquitectura moral de los hombres no se ha modificado gran cosa y en su esencia sigue inmutable».

Se diría que desde el asalto traumático y quijada en mano del hermano al hermano, hasta los campos de concentración y la bomba atómica, el «rey de la creación», en vez de enmendarse y corregirse, se ha puesto más perro con los siglos... Fundamentalmente, éticamente, el progreso, como droga contraindicada, no le ha hecho bien. En efecto, continúa tan lobo como en los tiempos místicos en que el hermanito descalabraba en la persona de su consanguíneo aquello de «ama a tu prójimo como a ti mismo», admonición evangélica, que como Ud. dice, «ha resbalado sobre la corteza impermeable de los hombres sin llegar a las profundidades de la conciencia».

Ciertamente, lo que no quiere decir que la Doctrina de Cristo sea errada sino, como pensaba cierto tremendo Shakespeare ruso, que es superior al hombre, de hoy o de mañana, cuya estructura biológica y, sobre todo, glandular, parece incompatible con una moral severa y una espiritualidad superior, impulsando al apuesto soberano de la creación, a convertirse en fiera y aún en Anticristo en el inaudito caso reciente.

Tan problemática parece la aparición de un hombre nuevo, desinteresado y fraternal, que uno, por manso que sea, tiene que refugiarse en la ironía en vista de la lejanía del advenimiento de dicho ejemplar en el planeta en que todo, hasta la era aviónica, ha sido odios y asaltos, con la quijada asnal en los tiempos del humo y ahora a tortazos atómicos. —Lo que no hace llorar hace reír—, decía Anatolio France, en «*El Jardín de Epicuro*».

No creo mucho en el hombre del futuro—, el planeta está entrando a la época de los sub-productos humanos—, y tal vez sería mejor ¡después de nuestros días, es claro! que la Tierra cambiara sus incorregibles pobladores de hoy por otros menos glandulares y, en consecuencia, más asequibles a la armonía, la modestia, la castidad... O que, saliendo de una vez de su órbita, se arrimara al sol para que éste seicara con sus rayos ultra violetas tanta sangre y tantas lágrimas. O para que la convirtiera de una vez en pavesas.

Por mi parte, preferiría la absorción solar a la invasión de una nueva doctrina, peor aún que lo existente, y que, evidentemente, intenta convertir en polvo todo lo de raigambre greco-romana, mármol, pintura letras o música.

¡Si el hombre nuevo viene en las huestes euroasiáticas, que se vaya al infierno o que se quede en sus estepas lunares!

Además, dé Ud. por cierto que se asignaría un período de varios milenios para este nuevo ensayo ecuménico.

Tan poco tentador, como se ve, parece el porvenir, que el *homo europeus*, acoquinado, hambreado y hecho la lila, no halla para dónde tirar en medio de un continente amenazado de disgregación... Como ciertos tumores malignos, el planeta parece que va a reventar o que va a ser rociado por un nuevo diluvio de sangre. ¡Qué hacer!. gemía Tolstoy, caminando sin zapatos para poner así en práctica efectiva su neo-cristianismo.

¡A quién clamar!...

¡Dios a la vista!—dice el cabezón de las frases suntuosas, Ortega y Gasset, prematuramente envejecido. Si Unamuno «murió de España» él se ha aviejado físicamente con los trastornos de los últimos años y que alcanza, a todo y a todos, demostrando que, en efecto, se necesita, caso in-extremis, de un hombre nuevo... Y aquí consigno una pregunta que me persigue hace tiempo ¿será cuestión de doctrinas la tranquilidad y el progreso?... No olvidemos que las doctrinas, como ciertos descubrimientos, no se sabe qué efectos van a producir en su aplicación práctica. No son pocos, pues, los que prefieren quedarse con el Sermón de la Montaña, aún cuando exige mucha más bondad y sacrificios que los que la mayoría de los seres humanos pueden dar: acaso espera demasiado del común de los hombres en algunos de los cuales menos mal, debe haber en forma de radio hecho espíritu, algo creador de obras geniales en el pasado y que ahora está descubriendo aceleradamente fuerzas y elementos tales que, mejorando los caracteres somáticos y aún psíquicos, bien pueden llegar a conferir la voluntad, reestructu-

rando el carácter humano, «cualidades superiores, tanto en el orden físico como en el intelectual».

¡Quiéralo Dios!

Como Ud. dice, penetrantemente, «el problema no está en que el hombre sea cada vez más fuerte, sino en que sea mejor».

Me he quedado encantado, como Ud. ve, en el ensayo que titula el libro y que es el más hermoso como forma y, asimismo el que más se acerca a esta «procesión de fantasmas en medio de las cuales camina la realidad incognoscible».

* * *

Quisiera seguirlo capítulo a capítulo; pero confieso que le tengo miedo al malón al ojo.

Además para analizar en detalle algunos de sus temas, actualísimos, es necesaria una preparación científica de que carezco: soy sólo un prójimo que ha visto mucho, que ha vivido su vida, que ha hojeado algunos libros y que ahora pasa de una a otra luz...

Debo ser breve; pero no sin consignar que otro de los aciertos de su libro, si no me equivoco, son las páginas dedicadas al mago asombroso: Carrel, francés de nacimiento.

Se internó a su hora en el oscuro y complicado laberinto humano y dejó el esquema más avanzado del hombre actual, lo que no le impidió declarar «que el ser humano es demasiado complejo para ser captado en conjunto y que el hombre es un extraño en el mundo que él ha creado...».

¡Modestia mixturada con la temeridad del visionario que columbra más que los otros!

Intentó reponer con algo mecánico el frágil y maravilloso motor de la vida fisiológica, diciendo tímidamente «que empezamos a distinguir el camino de nuestro bienestar y que por pri-

mera vez en la historia del mundo, una civilización llegada al comienzo de su decadencia, puede discernir las causas del mal».

¡Maravilloso mago, empeñado en el intento ultra-humano de avanzar en la modelación del hombre del futuro, sobre cuyo origen siguen engrosando los siglos!

No es Ud. de los que «con ademán modesto»—, como decía un amigo de impagable e intencionada ironía criolla—, juzga ex-cátedra a Carrel y su libro, diciendo que se trata de una «vulgarización...».

Por mi parte—, parte elemental, es cierto—, no sé (ya he dejado constancia de que «sólo sé que nada sé») que una obra puramente técnica pueda llegar a la comprensión universal. Era esto, evidentemente, lo que persiguió el prodigioso taumaturgo del trasplante, remiendo y sustitución de algunos órganos, inclusive del que regula la vida biológica y sentimental... Necesitaba una síntesis al alcance de todo hombre culto y por medio de la cual quiso dar un esquema, que es una luz azul en medio de la oscuridad del futuro, o sea de «la nueva vía», de que hablaba el mago en plan audaz de la «extirpación y replanteo de la glándula tiroides con reversión de la circulación...».

Su libro indicó someramente el límite desconcertante alcanzado por la ciencia en el momento en que la muerte se incautó del que seguía avanzando arteria a arteria, órgano a órgano, músculo a músculo hacia el control científico del misterio vital.

Ud. lo recuerda así en la síntesis, intensa y nítida a la vez, que dedica al taumaturgo del Instituto Rockefeller: «su obra—, dice Ud.—, rebasa las dimensiones del libro de divulgación científica y entra en los del ensayo biológico, filosófico y psicológico en la investigación de la verdad acerca del hombre».

En efecto, el libro de Carrel suscita una germinación de ideas, de atisbos, de intuiciones. Comprendiéndolo así, Ud. lo sintetiza bien y, evidentemente, está en lo cierto al afirmar que «*El hombre una Incógnita*» va mucho más allá de una mera divulgación.

* * *

Del mago del corazón artificial y de los parches en las arterias Ud. pasa al gran vasco de Vera del Bidasoa y, al enfocarlo, no puedo menos de recordar, que cuando lo divisé por primera vez, ya parecía viejo, o vieja, como si nunca hubiera sido joven... Viejo, adiposo, petiso y atorrantado.

Y lo curioso es que empieza a parecerme grande aunque me moleste, y aún cuando siempre lo he hallado antipático, lo que, a pesar de ser la opinión de muchos, debe tenerlo sin cuidado alguno porque, eso sí, hay que reconocerle que es el carácter más autónomo del mundo, o, por lo menos, de la Península.

¡Don Pío, eh!...

Tiene novelas de marca mayor—, «*El Mayorazgo de Labraz*» me parece shakespereano—, y del montón monolítico de sus romances, se desprende la teoría de la acción por la acción. Pero que tirria que «pica», como decimos aquí, suscita con sus procacidades de hortera y sus negaciones unánimes y sistemáticas, como luego demostraré, apelando a sus propias palabras, cogidas con comillas... Dan ganas de dar con lo más duro en la boina casposa del «doctor» de Cestona—, especie de «*Don Quintín el Amargao*»—, que ha zaherido a todo lo moderno y lo antiguo, llegando hasta Tácito...

Es agrio y pendenciero, solitario y deambulatorio. Con todo se toma alguno de sus innumerables libros—, en que lo interesante suele no ser el asunto mismo sino la manera de contar una simple nadería—, y, ya no lo suelta hasta arribar al colofón, deplorando no tener a mano otro tomo... Es exactamente, lo que me ha pasado con sus «*Memorias*» que Ud. y yo hemos leído, platicando sobre el autor. No me es simpático, me permito insistir pero lo admiro literariamente y me interesa vivamente su personalidad desafiante a pesar de lo poco maja...

No era fácil, ni mucho menos, dar con él en la Península, como si no quisiera y, en efecto, no quería ver ni que lo vieran.

En esto es una especie de percebe del Golfo de Vizcaya. Es la morriña que envuelve, como una capa aguadera, la oscuridad brumosa de su espíritu. Habitualmente, iba a pie, solo, retando con el gesto ambiguo y llevando un garrote como garrotazo en la mano manchada con tinta.

Deseaba conocerlo de visu. Tuve en esto la suerte loca de la gente foránea y un día—, una tarde en que la calle de Alcalá iba como un Manzanares en crecida de viandantes de impermeable y galanteo callejero, Manuel Machado me dijo... «Oiga Mandoza!... Ahí tiene Ud. a don Pío»... Es el aconchado en aquella mesilla del rincón... Del rincón oscuro. La pequeña orquesta con algo de charanga poblana atacaba sin gran ímpetu sicalíptico tangos orilleros rumbas habaneras.

Enfoqué a mi vaso desde un sitio estratégico y don Pío parecía disfuminado y teniendo al fondo un *affiche* cromático en que «el fenómeno» entraba a matar con sus brazos—, «pochos», diríamos aquí—, que para esta suerte, que es como nacer de nuevo, tenía que meterse entre las astas—, o estoques—, del berrendo hecho una tromba.

«Ocho años de estudiante, dos de médico de pueblo y seis de panadero»... —, dijo Machado, reeditando una de las frases autobiográficas de don Pío, que nunca fué fanfarrón ni mentiroso por lo que muchas de sus culpas, que no deben de ser pocas, le serán perdonadas.

Ni amados de presentación, como que nadie habría tenido la imprudencia de ignorar que el vasco no era hombre de charlas ni de «peñas». Ni de «capillas».

Estaba sólo con su alma y tenía al frente un arrecife de percebes cuyas escasas partes de condumio extraía a uña, asesorada por un tenedor maniobrado con una pericia de especializado en mariscos cantábricos.

Me asaltaron vehementes deseos de abordarlo, preguntándole, es claro, por qué cree tan estólido al Continente, aún párvulo, que hay que cargar a la responsabilidad histórica de Es-

paña y una buena parte del cual acaso habría sido prudente dejar algún tiempo más bajo sus bananos y sus aguacates paradisíacos: temporalmente libre de los regocijos de la civilización, en una palabra.

Como don Pío, el finado Hegel tenía una idea muy poco halagadora del Nuevo Mundo cuya parte norte—, ocupada por un pollo algo crecido—, después de sacar reiteradamente de aprietos al Viejo Continente, sigue cumpliendo con mandamientos tan altruistas, como alimentar y prestarle plata a los que han pasado dos mil años peleando, sin que esto quiera decir que hayan terminado... ¡Qué esperanza, ché! como dicen los vecinos:

Sería de haber hecho presente—, en el caso, tan improbable como arriesgado de abordarlo—, que a lo mejor, es preferible la estolidez, o sea algo eminentemente individual, a los campos de concentración y los espectáculos que hacen recordar a la niña que en un relato espeluznante de Dostoievsky, tuvo que ver desollar a su progenitor...

Lo dicho: no era cosa tentadora abordar al aborrascado don Pío: su aspecto amurrado no instaba a interrumpir con «estupideces» su dedicación a los succulentos percebes de Santoña o de San Vicente de la Barquera.

Su ídolo, como Ud. ve, Doctor, me ha producido y sigue produciéndome un dualismo consistente en que por una parte me molesta aunque cada vez menos el tono despectivo para juzgar a estos países, en que hay de todo, y por otra por mucho que haya «basureado» al Nuevo Mundo, dejar de ver en Baroja algo que, si no es un creador, se le parece muchísimo.

Me tienta, en consecuencia, su síntesis sobre nuestro hombre porque en ella Ud. se acerca penetrantemente a cuestiones fundamentales de España y de estos países y también porque viene al pelo la ocasión de decir algo sobre el dualismo existente entre la admiración y los «pitorreos» de don Pío.

Es un realista de marca mayor: realismos interpretados se-

gún su técnica, reflejo fiel de su temperamento, vasco hasta el pedúnculo de los percebes, como que en su obra cíclica está el paisaje, el ambiente, el clima, la llovizna, los montes, el mar picado que tentó a la aventura, no sólo a Avinaveta.

Nada en la vida le fué fácil ni tampoco tan rudamente hostil como para no ser de todo un poco antes de sumergir la pluma, la cabeza y las manos en el tintero de loza de donde han brotado cien volúmenes, a pesar de que desde peneca le decían en todas partes, según cuenta sarcásticamente: Barojita, no serás nunca nada...

Augures porros porque está a la vista que se trata del primer novelista español contemporáneo, después de don Benito o pareándose con éste.

A la postre de un sinnúmero de tropezones y cabezazos, dió con su camino y continuó la novela picaresca con héroes vascos, como el autor, que cree, según ha declarado, «que los Alpes y los Pirineos son lo único europeo que hay en Europa... Por encima de ellos, me parece ver el Asia y por debajo el Africa».

¿Pero puede tener tal procedencia étnica y geográfica ese temperamento saturado de tinta de calamar y que «no encuentra nada donde mirar que no sea vida ñoña y con un *mínimum* de pasiones?».

Ortega y Gasset tiene razón: eso es pura novela picaresca, puesta al día, más alguna sombría mixtura rusa.

Lo ciega la ira, que es lo que más le impide ser un ironista a lo Cervantes y llama, por ejemplo, país apasional a España muy poco antes de flamear por todas partes las llamas, la sangre y la revolución.

No le gusta nada de su tierra, ni de éstas ni del planetoide mal hecho que se da vueltas de carnero en el espacio, acercándose o retirándose del sol a fin de que la Humanidad estrafalaria que lo inficiona sude o tirite, según la estación, la latitud los acontecimientos, cada vez más pavorosos... Y aún cuando parecía que estaba dicho y agotado todo lo malo que hay

que echarle en cara al Destino y su hechura, la Humanidad, la verdad es que a veces se siente la tentación de darle toda la razón a don Pío.

Dante, Miguel Angel, Balzac, Proust... ¡Hay objeto en seguir repitiendo, aunque sea de una manera tan personal como el vasco de Vera del Sidasoa, que esto no sirve para maldita sea la cosa y que lo mejor sería trastear de la tal Tierra, si es que en alguna parte quieren recibir al hombre, tan desacreditado a pesar de sus descubrimientos mecánicos?

Pero vamos al dualismo entre la admiración y el fastidio simultáneos que uno siente por Baroja... E invocando el sexto sentido, hagámonos cargo de que si ha echado sapos y culebras sobre la Humanidad entera, qué de extraño tiene que haya despellejado al doble Continente, máxime a la parte en forma de chuleta, es decir la nuestra...

Ha sido injusto e irascible, como de costumbre, y ya cuando devoraba percebes donde «Negresco» pudo decirsele que esta parte del mundo y de las Américas, aportadas por España a la economía general del planeta, empieza a «despercudirse», como dicen de los niños, y que será de verla y cotejarla con otros continentes donde cualquier día no va a quedar otra cosa, prevaleciendo sobre los siglos, más que algunos libros, algunas sinfonías, algunos pedazos de mármol.

En resumen y por lo que al Viejo Mundo se refiere, no le falta razón al vasco de la boina y la bufanda para tanto improprio y tanto pesimismo en cuanto a la forma exterior de su pensamiento, expresado con una potencia endiablada y que en parte, es el resultado de la contención en el empleo los brebajes retóricos posee el don de la fuerza y en cuanto a ideología preconiza «la acción por la acción», ánima y médula de sus personajes.

Detesta a la grey literaria no siempre sin razón, zahiriéndola con sus dicterios y su actitud despectiva. Con decir que no escapa del todo ni «el que mancó en Lepanto», al cual encuentra pérfido y disimulado!... Cómo para pensar en alta voz era aque-

lla temporada de hogueras, de cuchillos largos y de cuerdas retorcidas con un palo: garrote vil que llaman...

Don Pío con su denominativo de santurrón y su apellido de boticario, reconoce, sin embargo, que la pareja de don Quijote y Sancho es en la literatura lo que el descubrimiento de Newton en la física.

Goethe le parece «lleno de talento y de virtudes»; pero sumamente antipático. Al suntuoso y encrespado vizconde de Chateaubriand lo compara con un oare de Lachryma-crist anivagrado; al «Dios Hugo» y su larga e incómoda trompa lírica, lo califica de «vulgaridad tonante»: Stendhal y su psicología «una máquina de relojería»; Balzac «el Dante de la tinta de imprenta»; Dickens «un San Vicente de Paul a caza de temas filantrópicos en las parroquias y barriadas más tenebrosas de Londres»: Larra, «el pobrecito hablador», arquea el lomo morrongo; pero en sus pupilas traslúcidas se adivina el rencor y la zaña gatuna. Flaubert—: ¡el de *Monsieur Homais* y de *Bouvard et Pécuchet*, eh!—le parece un animal de uña partida; los Goncourt, insignificantes, cuando no imbéciles; Daudet guisoparisiense bien condimentado; Sainte Beuve, alcahuete y mal intencionado como él solo; Taine y su *Literatura Inglesa*, un producto digno de algún pobre universitario francés; Ruskin, general de una *Salvation Army* artística y estética... Macaulay un declamador pedante; el viejo Thiers con sus antiparras, su *tupé* blanco y su levitón bien abrochado, un cretino frío y repulsivo; Michelet un fantoche melodramático... (No se ha visto una degollina mayor...) Aludo principalmente a la bomba atómica de «*Juventud, Egotría*», libro goyesco a la manera de los «Caprichos» del sordo furente: son verdugazos más o menos justos algunos y de los cuales aún sería tiempo de decir al vasco en plan de Torquemada literario, que «los muertos que vos... descuartizáis, gozan de buena salud».

Todo es para él «estupidez adornada» y no le seducen «ni el laurel ni la popelina...» Bueno es el cilantro; pero no tanto,

máxime cuando el batido por don Pío, talento que tira para genio, más que cilantro, es litre...

No hay, insiste, quién escape del vitriolazo y, si fuera necesario un ejemplo más, bastaría recordar que del respetable y provector Tácito y sus «*Anales*» dice que se gasta las posturas «que con frecuencia sabe tomar un perfecto canalla». *Trop fort*.

Se trata, como se ve, de una mezcla de lo clínico, como inquina, y lo quevedesco, como expresión: flagela sin misericordia; pero no riéndose y haciendo reír, como el locatario de la Torre Abad, sino en estado fóbico y disparando lo de «estúpido» de un Continente a otro, mortalmente ofendido, en el caso de América, porque un rastacuero de estos «pagos» se tentó de la risa al verlo: ¡qué estampa!... ¡qué barba de cardonal!... ¡qué rodilleras!... ¡y qué boina, ché!...

Mal podrían, pues, haber escapado estas tierras de las salpicaduras de su tinta de calamar. Y qué necesidad hay, por lo demás, de que no olvide que fué un americano, llamado Bello, el codificador, por no decir el salvador, del español en América. Ni que, asimismo, fué un hispano-americano oriundo de las faldas del Momotombo, el que sacó a la poesía española de la arcaica armería lírica a lo Quintana o de la escenografía a chafarrinonos románticos a lo Núñez de Arce y sus castillos feudales «al borde de una ría»...

Conste una vez más que los pullazos barojianos sobre estos países—; especie de *reservoir* del Viejo Mundo, acaso en las postrimerías de su influencia—, no podrían impedir que coincida con los que creen que, si Baroja no es un genio, es la mitad de éste, siendo, seguramente, el más connotado de los escritores de la generación de 1900.

Además, lo que es invenciblemente atrayente, el vasco hace gala de una independencia selvática, y, en efecto, maldito lo que ha cuidado de tener un escondrijo de egoísmo en que refugiarse. No entiende de albergues ni de burladeros en que guare-

cerse. Ni tampoco ha querido aparecer como la mayoría de las gentes, «como lo que no es».

Hacía rato que deseaba detenerme un poco en esto, así es que he aprovechado la ocasión que me brindaba su admirable y fervoroso medallón sobre Baroja: fué extemporáneo el pullazo aquel; pero sería imposible no sentir una intensa curiosidad por el *vascazo* intratable, duro de cocer y de pelar y ajeno a cálculos políticos o ideológicos, tan ágilmente utilizados por todos los trepadores que «cuentan con resonadores preparados que aumenten el volumen de la voz».

* * *

Evidentemente, esto se ha estirado en forma y volumen anti postal e imposible, en consecuencia, de ser encajado en un sobre... Haga, pues, de ello lo que le parezca.

En efecto, me he extendido mucho más de lo que discretamente debe permitirse quien no tiene absolutamente nada de crítico porque sé poco y me reconozco apasionado, como el vasco—, distancias guardadas, es claro.

Me he extendido, olvidándome del tiempo ajeno y del propio; pero conste en mi descargo, que no soy el verdadero responsable sino Ud., mi querido doctor, que plantea temas en que está, no sólo el escritor, sino el pensador, dotado de todas las armas de una vasta cultura, lo que es *rara avis* en nuestro paísess cuya mejor, sino única excusa, es ser tan nuevos, que han llegado a parecer sietemesinos... A Baroja entre otros.

«El hombre del futuro», «Carrel y los médicos», «La deshumanización de la cultura», «Bitácora del desterrado», —, admirable como sencillez sin artificio y como emoción espontánea—; «Una lección inaugural de Terapéutica», son monografías, todas gratas en forma y ricas de fondo, que patentizan una cultura de jerarquía europea.

Termino, pues; pero no sin declararle antes con modestia, la que no es flor de mi jardín, que no me reconozco del todo en el artículo con que me honra y me alienta a seguir trabajando, como seguiré, si Dios quiere—. salud y que el Destino permanezca neutral en la contienda, decía Heine—, y no me acosan las patetas.

Y no me reconozco del todo, porque Ud. ha mejorado notablemente el modelo.

¡Bendito sea Dios!—pienso... ¡A pesar de tanto libraco, tanto articulejo y tanto dar y recibir golpes, aún queda benevolencia para juzgarme!... ¡Ah!... es que Ud., doctor, ha conocido muy de cerca al hombre empeñado tozudamente en seguir los imperativos del deber público y privado, sin los cuales la vida sería algo más barojiano de lo que es...

Sus juicios avivan mi agradecimiento, digamos ético—, si el calificativo no resultara insufriblemente pedante—, por venir de un hombre recto, limpio, cultísimo, como mi viejo amigo el doctor Reyes. Y los agradezco tanto más, cuanto que, máxime en nuestros países, el aplauso de alta valoración, como en este caso, vitaminiza, estimulando a seguir hasta el fin en medio de la aridez, el egoísmo, las pequeñas pasiones y los cardos borriqueros... No importa!

Le devuelvo en la misma moneda y le digo ¡adelante con los faroles! y que tengamos en el año que empieza a su nuevo libro.

Afectuosamente, admirador y amigo.

E. R. M.